

LA
REVOLUCIÓN FEMINISTA
GEEK



KAMERON HURLEY

Traducción de Alexander Páez

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Geek Feminist Revolution*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

THE GEEK FEMINIST REVOLUTION

Text Copyright © 2016 by Kameron Hurley

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Tom Doherty Associates
y con International Editors' Co.

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Alexander Páez García, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-014-8

Depósito legal: M. 4.959 -2018

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Joanna

INTRODUCCIÓN

Bienvenidas a la revolución

Hay una revolución en marcha. Estamos presenciando algunas de las batallas más estridentes y violentas que tienen un lugar aparentemente extraño: los medios de las comunidades de fans y de los autores de ciencia ficción y fantasía. Estas batallas se libran en las secciones de comentarios de webs personales y profesionales, en subforos como /r/fantasy y, cada vez más, en canales de noticias que van desde la NPR hasta el *New York Times*. Los fandoms que han surgido alrededor de las novelas de ciencia ficción y fantasía, juegos y otros medios, antes confinados a revistas para fans (tanto online como fuera de Internet) y antiguas comunidades de LiveJournal y listservs, se han vuelto convencionales. A los periodistas de fuera les gusta hablar de «la era geek». Dentro de los círculos geek, en qué consiste y cómo se define se está convirtiendo en un tema cada vez más controvertido. La cobertura convencional de estos problemas de crecimiento se ha centrado principalmente en geeks, casi siempre hombres blancos, que sufren una aguda nostalgia por aquellos días en que se daba por sentado que ellos eran el público de las novelas pulp y los videojuegos.

Y aun así las mujeres siempre han sido geeks. Han sido gamers y escritoras, lectoras de cómics y fans apasionadas, desde *Conan el Bárbaro* hasta *Star Trek*. Entonces, ¿a qué se debe la reacción negativa? Se debe a que el número de mujeres en estos ámbitos ha crecido en la última década. El público femenino de los videojuegos

ha pasado de representar el veinticinco-treinta por ciento de hace diez años a más del cincuenta por ciento hoy en día, y además ya constituyen entre el cuarenta y el cincuenta por ciento de los autores. El cuarenta por ciento de los escritores de ciencia ficción son mujeres, así como el sesenta por ciento de los lectores de géneros especulativos. Sus voces y su presencia no pueden ser negadas ni desestimadas con referencias al tokenismo o inclusión simulada o al excepcionalismo. Las mujeres están aquí.

Mujeres como yo.

Los seres humanos nunca dejan de defender su relato de lo que se supone que debe ser el mundo, sin importar que dicho mundo haya existido realmente alguna vez. Si nos preguntamos a qué se debe la explosiva reacción contra las mujeres en la cultura popular y geek, hay un motivo: el *statu quo* y las concepciones convencionales sobre cómo funciona el mundo deben ser mantenidas por aquellos que se benefician de ellas, y para lograrlo, las voces que hablan sobre la realidad o un futuro diferente han de ser silenciadas.

Es decir, yo. Y quizá tú. Y mucha gente que conoces. Implica silenciar, por lo menos, a la mitad del mundo.

Llevo mucho tiempo luchando contra este relato, porque no se limita a la cultura popular. La cultura popular solo es un microcosmos de nuestra cultura en general. Y vivimos en una cultura en la que las mujeres deben luchar para que sus voces sean valoradas. Y esta lucha pasa factura. Soy imperfecta, estoy cansada, y ahora que estoy a mitad de la treintena he visto que los ciclos de rabia e invisibilización se suceden una y otra vez, y sí, al final termina frustrando.

Al mismo tiempo que las oportunidades para las mujeres en los espacios geek han crecido, lo hace el rechazo. La popular serie de vídeos educativos *Tropes vs. Women in Video Game*, de Anita Sarkeesian, que trata sobre la problemática representación de las mujeres en los videojuegos consiguió casi 160.000 dólares en Kickstarter y convirtió a su creadora en uno de los mayores objetivos de acoso en Internet; lo que no es hazaña pequeña si consideramos lo enorme que puede llegar a ser la rabia de la bestia online. Un solo hilo en un foro escrito por un desdeñado exnovio desató en Internet un aluvión de amenazas contra la creadora de videojuegos Zoe Quinn, y en poco tiempo estas amenazas se organizaron bajo el hashtag Ga-

mergate, un grupúsculo online que supuestamente comentaba «la ética en el periodismo de los videojuegos», pero que sobre todo se dedicaba a acosar a mujeres. Aprovechándose del éxito de Gamergate llegó la SadPuppyGate, una reacción organizada contra el creciente número de mujeres y libros «literarios» que aparecían en las votaciones de los premios populares de ciencia ficción y fantasía, en particular el prestigioso premio Hugo. En 2011, 2012 y 2013, las mujeres fueron el cuarenta por ciento neto de los nominados en las votaciones de los premios Hugo. Pero alineándose con el movimiento Gamergate para copar los nominados con una lista de candidatos seleccionados previamente, un pequeño grupo de escritores blancos, hombres y conservadores en su mayoría (que se autodenominaban Sad Puppies) logró meter a casi todos los de su lista entre los finalistas de los premios Hugo de 2014. Debido a la dispersión del voto, las mujeres nominadas descendieron hasta un veinte por ciento del total, el porcentaje más bajo desde 2009. La lista de nominados incluía nueve obras asociadas con una pequeña editorial fundada por un extremista de ultraderecha que no cree que las mujeres deban tener derecho a votar, y otra a una editorial llamada (sin ironía) Patriarchy Press. La lista fue rechazada sin contemplaciones en la votación final, y ni una sola obra de las que incluía, excepto *Guardianes de la galaxia* (la única que tenía posibilidades de haber entrado en las votaciones sin la lista), ganó el premio, y las demás acabaron las últimas en el apartado de «no premiada».

Las campañas de odio no funcionan. Las listas preseleccionadas no funcionan. Y aun así estas campañas de odio y abuso han servido a su propósito de otro modo: han alejado a algunas mujeres de distintas razas, hombres de color y personas queer, trans y no binarias de la red y les han disuadido de escribir obras de géneros de ficción especulativa.

Pero no a todas nosotras. *No a todas nosotras*. Porque decirle a alguien que se calle en Internet para evitar el abuso o el acoso es como decirle a una mujer que la mejor manera de evitar que la violen es no salir a la calle. Somos muchas más las que no vamos a ser silenciadas, porque que les jodan.

Lo que los *haters* organizados nunca anticiparon fue que el abuso también inspiraría su propia resistencia. Crecí con las historias

de mi abuela, que vivió en la Francia ocupada por los nazis. Mi bisabuelo era miembro de la resistencia. En mi máster estudié los movimientos de resistencia en Sudáfrica. Cuando alguien te obliga a retroceder, sé cómo responder con más fuerza. Tengo una gran perspectiva sobre cómo es el verdadero terror del estado, y el abuso online palidece en comparación.

Esta corrosiva reacción ha inspirado y sigue inspirando a una generación de fans y autoras apasionadas que se niegan a ser silenciadas.

Yo soy una de ellas.

Una de tantas.

¿Qué arriesgamos por hacernos oír? Todo, desde luego. Pero mucho más arriesgado es no alzar la voz. El futuro más peligroso es aquel en el que todas tenemos más miedo a que un demente enfurecido por algo que ha leído online empotre un coche en nuestra casa que a ser atropelladas por un autobús en la calle. Estoy lo suficientemente cuerda como para darme cuenta de que las probabilidades de lo último, por ahora, son mayores que las de lo anterior.

Lo cierto es que gran parte del odio dirigido hacia nosotras es por el miedo que nos tienen. Ya sea como ensayista o como autora de ciencia ficción y fantasía, escribo sobre y para el futuro. Hablo sobre el pasado para recordar que aquello que siempre hemos creído que era cierto —que hombres y mujeres son de algún modo categorías inalterables, o que lo normal siempre ha sido que los hombres tengan el poder, o que las relaciones amorosas entre personas del mismo sexo son necesariamente tabú— no siempre ha sido así. A lo largo del tiempo ha variado enormemente quiénes somos, cómo nos definimos o cómo estructuramos las sociedades. Hablo sobre esto porque si damos por sentado que el mundo siempre fue de un modo determinado, entonces el cambio no solo resulta más terrorífico («Pero ¿i qué pasará si cambiamos!?»), sino que parece imposible («¡Nunca se ha hecho nada igual!»). Lo cierto es que el cambio se produce continuamente. Se está produciendo a nuestro alrededor. Mientras escribo esto, el Tribunal Supremo de Estados Unidos acaba de fallar que el matrimonio entre personas del mismo sexo es legal. Si hace veinte años me hubieras dicho que vería algo parecido antes de llegar a los cuarenta, me habría partido de risa.

Le diría a cualquier mujer que escribe en la red que este es uno de los mejores momentos para ser una autora geek en Internet. Porque lo que los rabiosos grupillos de detractores saben, y lo que estamos empezando a comprender, es que hay una revolución en marcha, y que la *estamos ganando*. Hay mucho en juego: no solo quiénes participan, quiénes crean, sino también *qué voces se oyen*. Las adaptaciones de cómics que triunfan en taquilla son los relatos del mundo geek que animan nuestra cultura e influyen en ella. Es una revolución que se disputa a todos los niveles del mundo geek, tanto por escritores y autores como por lectores y fans.

He escrito de forma activa en espacios feministas geek durante una década. Lo he hecho, y he logrado éxitos, a pesar del acoso online, de las amenazas y de las quejas para que me callara y me fuera a casa. En esta década me he convertido en una autora premiada, una de las muchas que construyen los relatos que a través del tamiz de nuestra cultura conformarán las historias del futuro. Durante este tiempo mi pasión ha sido comprender y examinar las responsabilidades de los creadores hacia su público y hacia la cultura en general. Si las historias que contamos no solo se convierten en libros, sino también en tebeos, en series de televisión, en películas y en campañas de promoción, entonces lo que estamos haciendo ahora podría tener un profundo impacto en las narraciones del futuro, lo que influiría en el comportamiento de toda nuestra sociedad. Podemos escoger mantener el *statu quo*. Podemos escoger el camino seguro. O podemos escoger tomar parte en la construcción de algo mejor.

Yo escojo construir un futuro mejor.

En el fondo, esta colección es una guía para sobrevivir no solo al mundo online y a las grandes empresas de medios que lo usan para alimentar sus relatos, también al sexismo en el mundo. Debería animar a cada lectora, a cada fan, a cada autora a unirse a la construcción de un mundo mejor.

Para conseguirlo hemos de convertirnos en mejores narradoras, perfeccionar nuestras habilidades y seguir trabajando en la industria de la narración, ya sea como novelistas, creadoras de videojuegos, de películas, de televisión o de medios de comunicación online.

En *La revolución feminista geek* exploro esta revolución desde cada ángulo, comenzando con los creadores que deciden de qué tratan las historias y quién es el héroe, y cómo enfrentarse a las reacciones negativas cuando nuestra representación es errónea, o se nos critica por perpetuar las mismas tediosas historias. La primera sección de esta colección, *Subir de nivel*, incluye ensayos sobre cómo mejorar el oficio y persistir ante las dificultades, con frecuencia abrumadoras. La capacidad de persistir muchas veces es mejor indicador de éxito en este campo que el talento sin más.

Interpelar a los medios de comunicación disfuncionales también es clave para enseñaros cómo crear mejores historias. Para la sección *Geek* he recogido piezas clave de críticas en los medios y todo tipo de cosas geek. Los ensayos más personales (al fin y al cabo, si no nos entendemos a nosotras mismas y nuestras motivaciones, ¿cómo podemos entender a los demás?) están en la parte *En lo personal*.

La última parte, *Revolución*, cubre exactamente eso. Son los textos que se adentran en el tema de forma más general, así como en nuestros procesos y sistemas fallidos, y retira la cortina de la sociedad «normal» que se presenta como tal en los medios de comunicación. Llamen al cambio. Llamen a la revolución. Te llaman a ti y a todas las que son como tú, a todas las que siempre se han sentido fuera de lugar, como si algo estuviera mal, como si el mundo no estuviera hecho para ellas, para que mires atentamente qué es lo que en realidad falla (pista: no eres tú). Cada feminista geek y aspirante a feminista geek, cada revolucionaria cultural, cada joven enfurecida, que chilla, que se queja y que quiere ser una heroína, pero no está segura de por dónde empezar; todas las que soñaron que podían construir algo mejor. Esta sección es para ti.

Una vez me preguntaron cuál era mi meta, refiriéndose a mi carrera como escritora, y la respuesta surgió con facilidad sin pensarla mucho: «Quiero cambiar el mundo».

Eso es lo que pretende *La revolución feminista geek*: inspirar a las personas que cambian el mundo. Quizá no te lo creas todavía, pero también te incluye a ti. Tu voz es poderosa. Tu voz tiene significado. Si no lo tuviera, no se esforzarían tanto para silenciarte.

Recuérdalo.

Soy consciente de que formar parte de una revolución cultural es un juego a largo plazo, una partida de perseverancia. A veces también necesito levantarme, recuperarme y volver a empezar. No soy perfecta. No siempre estoy segura de mí misma. No siempre tengo la energía para enfrentar el día. Pero ahora somos muchísimas más, conectadas a través de canales online, y todas las que estamos alzando la voz al mismo tiempo somos más fuertes que cualquiera de nosotras alzando la voz sola.

No estás sola.

Al fin y al cabo, la perseverancia no es el final del camino. La perseverancia es la partida. El relato que vence es el que persevera por más tiempo con todo en contra.

Este libro es parte de ese relato.

SUBIR DE NIVEL

Perseverancia, y el gran engaño de convertirse en escritora de éxito

«PERSEVERANCIA»

Esta fue la respuesta del escritor de ciencia ficción Kevin J. Anderson cuando le preguntaron en una entrevista qué necesitaba un escritor para tener éxito en la profesión.

Leí la entrevista a los diecisiete años mientras exploraba con ansia las estanterías de la librería local B. Dalton en busca de consejo sobre cómo convertirme en escritora. Ya había vendido un ensayo de no ficción a un diario local, y un texto de ficción por 5 dólares a una revista online recién estrenada.

Tenía la sensación de que me encontraba en el camino del éxito. A los veinticuatro me imaginaba que podía vivir de escribir. Llevaba escribiendo con la intención de dedicarme a ello desde los doce años, y había enviado ficción a varias revistas en los últimos dos años. Dos años parecen muchísimo tiempo cuando tienes diecisiete.

Las cartas de rechazo se acumulaban. Necesitaba algo de motivación.

Entonces escribí «Perseverancia» en una nota adhesiva y la pegué en mi enorme portátil.

Todavía la tengo en el monitor de mi ordenador.

Perseverancia.

La pregunta era: ¿durante cuánto tiempo?

No tardé en darme cuenta de que la perseverancia no tenía fin. Era el nombre del camino.

Como joven autora me obsesionaba descubrir si era «buena» o no. En todos los talleres de escritura a los que llevaba acudiendo desde los catorce años, siempre era la mejor o, por lo menos, la autora con más experiencia del grupo. A los doce años comencé a escribir y a estudiar ficción, y a los quince a enviar textos para que me los publicaran. Fue muy frustrante. Cuando estás en un grupo de personas donde tú tienes más experiencia que nadie, es poco probable que aprendas cosas a menos que seas tú quien enseña al resto. Y, seamos realistas, nadie quiere aprender nada de una engreída chica de dieciséis años que sabe cómo pulir una oración.

Así que este anhelo perduró. Quería alguien que fuera bueno, muy bueno, con muchísima más experiencia que yo para que me dijera que valía. Que se acercara, me sacara de la refriega, me estrechara la mano y me dijera: TÚ ERES LA ELEGIDA.

Es una fantasía adolescente habitual.

Creecer con un montón de novelas de fantasía y ciencia ficción a menudo implica quedarte despierta por la noche con el anhelo de ser especial tú también. De no ser una simple bolsa de carne quejicosa que se arrastra para conseguir un salario suficiente para vivir y para la hipoteca. Todo el mundo piensa que podría ser Lesa de Pern, Alanna de Trebond, Ender Wiggin, si alguien le diera la oportunidad. Si alguien le *viera*.

Uno de los momentos que me abrieron los ojos con más crujeza fue cuando acudí al taller de escritores Clarion, y uno de los instructores dijo algo como: «Escuchad, no os voy a consentir ni a deciros que tenéis talento. El hecho de que estéis en Clarion quiere decir que habéis conseguido cierto nivel. Así que partamos de ahí y empecemos a trabajar para mejorar un poco».

Recuerdo pavonearme de esto porque era la primera vez que un escritor profesional decía que era buena. La cosa es que también lo era el resto de la clase. Y el resto de las clases de Clarion.

Y esos son muchísimos escritores «buenos». Y ni siquiera se acercaba al número de «buenos» escritores profesionales.

Tras Clarion iba a librerías, cogía libros y me cabreaba porque pensaba que muchos de ellos no eran ni mejores ni peores que nada de lo que yo había escrito. ¿Qué les hacía especiales? ¿Por qué a ellos les publicaban y a mí no?

Mi primera relación fue con un adolescente chulito y asustadizo que no tardó en convertirse en un joven violento y delirante. Nada más cumplir los dieciocho nos fuimos a vivir juntos a un piso de dos habitaciones. Al no tener una tercera habitación, la segunda se convirtió en nuestra oficina compartida. Ponía a todo volumen canciones interminables de Rush y se pasaba las horas navegando por Internet, mientras yo trataba de escribir, inclinada sobre mi escritorio, con los auriculares puestos.

No pasó mucho tiempo antes de que mi intensidad productiva empezara a hacer mella en su autoestima. Por lo visto, tenía que prestarle más atención cuando estaba en casa, especialmente cuando estábamos en la misma habitación. No tardé mucho en darme cuenta de que esta extraña insistencia era parte de una pauta de comportamiento más amplia que consistía en aislarme de mis amigos y mi familia, para así controlar más y más aspectos de mi vida. La pauta clásica de un maltratador que no fui capaz de definir como tal hasta que, a los veintipocos años, comencé a leer teoría feminista y descubrí que su comportamiento tenía nombre.

Todo lo que sabía por aquel entonces era que toda la atención que dedicaba a la escritura se había convertido en un motivo de discordia. Dio lugar a muchas peleas a gritos y actitudes pasiva agresivas por su parte. Pero al mismo tiempo que las cosas empezaban a descontrolarse en aquel pequeño apartamento, descubrí que escribir era lo único que me pertenecía. Me ayudó a superarlo. Aunque a duras penas saliera adelante como camarera en una pizzería y casi no pudiera pagar las facturas a tiempo, podía construir mundos enteros que controlaba por completo. Podía comunicar historias. Podía sobrevivir.

Pero cuanto más me hundía en la depresión, más dolorosas eran las cartas de rechazo. Más parecía un arduo esfuerzo que no conducía a nada. Cuando llegué al punto más bajo, comencé a fantasear con diferentes formas de morir. Pasé muchísimo tiempo llorando en el baño.

Y entonces, un día, mientras escribía sobre un escenario norteamericano destruido en uno de mis relatos, comencé a buscar cuánto costaban los billetes a Alaska. Pensé: «Bueno, ¿qué es más chiflado... comprar un billete de ida a Alaska o suicidarme?».

La relación se terminó. La sobreviví, a pesar de todos los gritos y las amenazas.

Un año más tarde, compré un billete de ida a Fairbanks, Alaska.

Tengo la impresión de que la gente no suele darse cuenta de que a menudo «bueno» solo quiere decir «competente».

Al escribirme con algunos autores jóvenes comencé a reflexionar sobre el «talento» y la necesidad de que alguien lo reconozca. Recuerdo lo importante que era para mí que alguien me dijera que valía mientras sudaba tinta a lo largo del camino. Hay autores mucho más jóvenes que yo escribiendo cosas que son mucho mejores que las que yo escribo ahora. Y veo a estos escritores veinteañeros y pienso: Ay, dios, resistid.

Porque tengo que decíroslo: ser buena, tener talento, es la parte más sencilla de este oficio. Es cuando las cosas *acaban de empezar*.

El autor de ciencia ficción Samuel R. Delany dijo que, para tener éxito escribiendo, tuvo que sacrificar todo lo demás. Sacrificó su salud y sus relaciones para alcanzar la meta de ser el mejor en lo que hacía. Los ganadores trabajaron más duro que los otros. Estaban dispuestos a sacrificar más.

Tras romper con mi novio del instituto no tuve relaciones con nadie durante cinco años.

Creí que quizá estaba siendo patológica. Pero si yo fuera un tío, ¿quién lo cuestionaría? ¿Cuántas veces Hemingway cerró la puerta y exigió una habitación para él solo?

Si las relaciones implicaban abandonar la escritura, a tomar por culo las relaciones.

Cuando no estaba completamente borracha (y a veces, incluso así), me pasaba casi todas las noches en la habitación de mi residencia en la Universidad de Alaska, en Fairbanks, trabajando en textos cortos, y coleccionando más cartas de rechazo. Mi gran victoria durante mis dos años de repiquetear el teclado en la universidad fue que me aceptaran en el taller de escritores Clarion a los

veinte años. Ya está, pensé. En un par de años, seguro que lo consigo. Tan solo tengo que perseverar. Puedo lograrlo.

Me preparé para el largo viaje. Decidí que volvería al loco sueño que tenía cuando era pequeña, vivir con un par de perros husky en una cabaña en el bosque de Alaska escribiendo libros. Escribiría libros hasta que me sangraran los dedos.

Estaba claro que nunca había meado en un retrete exterior a treinta bajo cero.

Tras hacerlo unas cuantas veces, decidí que había llegado el momento de pasar página.

Este negocio es inflexible con el talento. Incluso quienes por arte de magia cosechan un gran éxito de ventas con su primer trabajo publicado, a menudo desaparecen del mapa tras uno o dos libros. Algunos solo tenían un libro dentro. Pero con más frecuencia es por el intenso escrutinio. Los aspectos internos del negocio son duros: ventas, marketing y toneladas de problemas de distribución que escapan a tu control. Y además las críticas, el acoso online y la especulación constante de extraños.

Si todo esto te afecta demasiado, te olvidas del motivo por el que querías escribir. No hay nadie ahí fuera esperándote para regodearse en tu genialidad. Al contrario, muchos esperan para destrozarte y luego cagarse encima.

Esto implica que tienes que trabajar más duro. Implica que, para destacar, debes ser ocho veces mejor que el resto. Da asco. Es exigente. Puede acabar contigo. Pero ser buena solo te va a llevar hasta ahí. Para construir una carrera *tienes que ser mejor que buena*. Y, más importante, tienes que ser ser obstinada, *resistir*.

Durban, Sudáfrica. Cucarachas. Humedad. Temperaturas Celsius que son una locura. Sin aire acondicionado. Dos botellas de vino. Un paquete de cigarrillos Peter Stuyvesant. Una tesis de máster y una novela que reclama mi atención.

Viví en un apartamento de una habitación y media desde la que alcanzaba a ver un poco del océano Índico, con nada más que

una cama y algunas cajas de cartón como muebles. Me pasé casi todo el tiempo tecleando en el «medio dormitorio», sentada sobre una alfombra en el suelo, con el portátil sobre una caja de cartón cubierta con un pañuelo. Tenía libros apilados junto al rodapié de la habitación, el escondite perfecto para las cucarachas.

Mientras fumaba cigarrillos le daba vueltas a la idea de que por fin llevaba un estilo de vida de escritora pobre bohemia. Pero como orinar en un retrete exterior en Alaska a treinta bajo cero, la realidad no era tan glamurosa como se suponía.

Presenté mi primera novela a varias editoriales a los veintidós años. Enviaba las propuestas y los capítulos desde la sala de correo de la universidad. Había llegado el momento de ser famosa.

Todas las editoriales me rechazaron.

A mitad de la veintena vivía en Chicago y a veces me iba a dar un paseo sola por el centro. No tenía planes concretos. No tenía una meta. Tan solo deambulaba entre la aglomeración de personas y fingía que mi vida iba mejorando, como el resto. Chicago es una enorme ciudad radiante. Como Oz floreciendo sobre las praderas del Medio Oeste.

Una noche llegué a casa sobre las diez de la noche tras pasar horas caminando sola por el centro. Tan solo... caminando. Una de esas divagaciones sin rumbo en plan «¿Qué cojones estoy haciendo con mi vida?» que me dejaban más confundida que al inicio.

Subí tropezándome escaleras arriba hasta la tercera planta, entré y comprobé mi correo. Había un sobre remitido por mí: yo, escribiéndome a mí misma. Por aquel entonces, cuando enviabas propuestas por correo convencional —que casi nadie las aceptaba por email—, adjuntabas el sobre para que el editor pudiera enviarte una carta de aceptación o de rechazo sin tener que pagar el sello.

Había puesto el nombre de la revista a la que había enviado mi historia al dorso de la carta. Era una de las revistas más importantes de entonces.

Abrí el sobre con una sensación de vértigo, medio esperanzada, medio aterrada, que me crecía en la boca del estómago.

Era una carta de rechazo estándar. La cuarta o la sexta o la octava o la décima o... las que fueran aquel mes. Era incapaz de llevar la cuenta. Todos los relatos, y todos los rechazos, se entremezclaban entre ellos.

No tenía ni idea de qué estaba haciendo con mi vida, excepto esto. Sabía que quería esto. Aunque «esto» solo fuera una revista importante que me aceptaba algo.

Pero «esto» era un largo camino de rechazos y decepciones.

Es extraño, pero no recuerdo el nombre de la revista, ya que entre tanto ha cerrado.

Sí recuerdo que me senté en el suelo de la cocina, abatida, con la carta estrujada entre los dedos.

Con veintiséis años me desperté en la UCI tras dos días en coma y me diagnosticaron una enfermedad crónica. Varios agentes rechazaron un libro nuevo no mucho tiempo después. Uno de ellos expresó su indignación ante mi atrevimiento al comparar el libro que les ofrecía con la obra de Robert Jordan o de George R. R. Martin, a pesar de que la guía que había leído aconsejaba que te compararas con obras de éxito comercial. Guardé las cartas de rechazo y me pregunté si alguna vez vendería un libro. Quizá estaba loca. Quizá había renunciado a todo por nada.

Unos meses después perdí mi trabajo en un estudio de ingeniería y arquitectura de Chicago. Y, unos meses más tarde, la relación con mi mejor amiga, antigua novia y compañera de piso, terminó.

Acabé metiendo todas mis pertenencias en una camioneta de alquiler junto a un par de generosos amigos y conduje mi vida hasta Dayton, Ohio.

Me sentía como si hubiera fracasado en todo. La vida era una ruina.

Comencé a vivir en la habitación para invitados en casa de un amigo, desempleada, hasta el cuello de deudas médicas, y enfrentándome a una nueva novela, de la cual había terminado tres cuartos.

Cuando abrí el portátil, la nota adhesiva me devolvió la mirada: PERSEVERANCIA.